

mos hablado. Como este al salir preguntase á un Padre si se le ofrecía algo para Roma, «Hombre,» le respondió, «yo no quiero que me traigas de Roma otra cosa más que un pie del Padre Santo.» Llegado el mensajero á Roma, contó lo sucedido á unos Padres de la casa profesa, que lo celebraron mucho. Dijoselo uno de ellos á un cardenal; y este le dio una chinela del Papa con una cruz en el medio. «El jóven la iba mostrando por nuestras casas:» escribe el P. Luengo¹, «todos la besaban con tal devoción, como si besasen el pie de Su Santidad.»

El mismo oficio de llevar cartas é instrucciones del P. General á las Provincias españolas, y viceversa, hacía otro buen español, llamado D. José de la Torre, domiciliado en Roma; el cual fue muy perseguido por no quererse apartar del trato con jesuitas, no obstante la prohibición de la corte de Madrid².

¹ *Diario*, Tomo 1.º, pág. 576.

² P. LUENGO, *ibid.*

CAPÍTULO III

Ordénanse los estudios de la Provincia. — Instituye el P. Pignatelli academias científicas y literarias. — Carta del P. José Reig. — Demostraciones de afecto al P. Pignatelli. — Propuesta de Pombal á Carlos III de exigir al Papa la abolición de la Compañía. — Adhiérese á ella el rey. — Causas que se han de alegar y medidas que deben tomarse para obligar al Papa. — Opta Azara por la violencia. — Ardid para sorprender al P. Ricci. — Entra Francia en posesión de la isla de Córcega. — Atropellos de que son víctimas los jesuitas en San Bonifacio. — Defiéndelos el P. Pignatelli. — Vense obligados á abandonar á Córcega. — Molestias que padecen. — Ejemplo de los PP. Pignatelli. — Llegada á Calvi. — Obsequian los oficiales franceses á los PP. Pignatelli. — Llegada de un novicio y un candidato venidos de Barcelona. — Historia del jóven Antonio Vidal. — Circular del Consejo Extraordinario contra profecías y revelaciones favorables á la Compañía.

1768

Si grande fue el empeño del P. Pignatelli en establecer el orden y observancia regular, no fue menor su cuidado en atender á los estudios de los jóvenes escolares, para lo cual tuvo que superar dificultades gravísimas. Carecíase absolutamente de libros; y en San Bonifacio no había posibilidad de proporcionárselos, por ser este artículo allí desconocido, y suma la pobreza de los Padres. En vista de todo esto opinaban muchos que lo mejor era dejar los estudios para más adelante; pero no así el P. Pignatelli. Veía que una muchedumbre de jóvenes de imaginación

viva y espíritu fogoso, aislada en un sitio yermo y sin saber en qué ocuparse, no tenía defensa alguna contra mil angustiosos é importunos pensamientos, que nacidos en el ocio y fomentados por él, producirían efectos bien desastrosos y por ventura irreparables. Llama, pues, á algunos profesores de los más aventajados que allí había: háblales uno por uno, y logra de ellos que desde luégo se dediquen á escribir tratados de teología y filosofía, con que suplir la falta de libros. Á poco de adoptado este plan, el P. General les envió una buena remesa de libros, y agenció otra el P. Pignatelli en tierra firme. Con esto se emprendió de nuevo el curso interrumpido de los estudios con igual orden que en España.

Había sus horas de cátedra, sus disputas diarias, semanales, y otras más solemnes cada mes con asistencia de los Padres más doctos y autorizados de la Provincia, para ejercitar el talento y para ser testigos de la diligencia y adelantos de los escolares arguyendo contra ellos con cuanta sutileza podían. Con tales industrias y con el buen fondo de aplicacion natural y de virtud que reinaba en aquellos jóvenes, adelantóse tanto en aquel año, á pesar de la penuria de libros, que no parecía posible aprovechamiento mayor en doble tiempo que hubiesen dedicado al estudio con toda paz y copia de libros en los colegios. Así lo confesó la ciudad de Ferrara, donde algunos escogidos estudiantes de San Bonifacio se presentaron después á defender en actos públicos toda la teología y filosofía, y dejaron muy honrada la bandera, como era de desear.

Henchiásele el alma de gozo al P. Pignatelli al ver tan noble porfía y emulacion entre aquella juventud de tantas esperanzas; y deseando hacer extensivo el bien á los ya más entrados en edad, á quienes tampoco juzgaba provechoso el ocio, propuso la instalacion de algunas academias científicas y literarias con el objeto de profundizar más y más el conocimiento de las ciencias, así naturales como divinas. Aplaudieron todos la idea: y se fundaron tres academias, una de matemáticas, otra de lenguas orientales, y la tercera de historia, especialmente eclesiástica, aunque

con libertad para que en ellas pudiese cada uno divagar á otras materias análogas y discurrir sobre cuestiones de metafísica, de Escritura Sagrada y de teología escolástica y moral.

Numeroso era el concurso á estos ejercicios literarios, dedicándose cada cual á la materia que era más de su gusto; y el P. Pignatelli, aunque sumamente ocupado y distraído en otros mil negocios, se honró con ser uno de los académicos, á fin de darles impulso y animarlos con su ejemplo y autoridad, que tanto podía en el ánimo de sus hermanos. No contento con esto, ideó y puso en planta otra academia de elocuencia y de poesía, á la que concurrieron todos sin excepcion. Él mismo escribió sus reglas y estatutos, fijó los días de ejercicios, los temas ó argumentos de las composiciones, y los censores que habían de juzgar de su mérito; determinó los días de tiempo que habían de concederse para componer, y por último indicó los premios que se adjudicarían al mérito de las producciones.

Versaban estas generalmente sobre asuntos sagrados, quedando á eleccion de cada uno el escribir en latin, griego ó español, en verso ó prosa, y en el metro de que más gustara. Juntábanse en el día señalado todos los académicos en la capilla de San Juan Bautista, de cuyas paredes se veían pendientes y dispuestas con orden las composiciones, con el nombre de sus autores al pie, pero no los propios, sino fingidos, tomados de pastores de Arcadia; cosa que ideó el P. Pignatelli con el fin de que fuese más libre y menos sospechoso el juicio de los censores.

Empezaba la funcion con un discurso en latin, ó con una composicion en verso tambien latino, trabajada por algunos de los estudiantes de retórica; luégo subía el P. Pignatelli á una especie de cátedra dispuesta de antemano, desde donde leía un escrito suyo, en que segun la censura previa de los jueces pasaba reseña de todas las composiciones una por una, encomiando en cada cual lo que había de recomendable, ya la pulcritud y elegancia del estilo, ya el orden de partes y conceptos, ya la erudicion, las figuras, las imágenes, todo, en suma, lo que era digno de algun elogio; y después iba apuntando en cada una los

defectos, mas con tanta gracia y maestría y con tan exquisita cautela para no ofender á nadie, que más que correccion, parecía aquello una ligera muestra de lo fácil que era á los autores enmendar sus yerros. Concluía el ejercicio con el premio; que se adjudicaba y entregaba á los tres que se distinguían sobre los demás, y de ordinario consistía en algun libro de recomendable utilidad y comprado para él con este exclusivo objeto.

De todo esto da cuenta el P. José Reig en carta de 28 de Abril de 1768 á su hermano Bernardo, la cual dice así: «Á Bernardo Reig, salud. — El día 26 de Agosto, como creo tendrás noticia, desembarcamos en San Bonifacio, que mejor puede decirse que es una roca escarpada é inhabitable por su situacion natural y por sus fortificaciones; parece una península; pues el mar baña al rededor la mayor parte de la ciudad, que está además ceñida por grandes peñascos y por una muralla elevadísima. Solo tiene una puerta, y al salir por ella, te encuentras con una pendiente; los caminos son pedregosos, y el retorno muy incómodo y molesto; tanto, que cuantas veces ha de salir uno, lo piensa mucho, y no se atreve á mover el pie de la puerta.»

«Aquí tenemos que sufrir tantas calamidades con el sobresalto y tumulto de la guerra, que mejor sería morir, que vivir de este modo, si no fuese la fortaleza que comunican á nuestras almas las virtudes religiosas y el placer que nos proporciona el estudio de las letras. Unas capillas, en que celebraban sus actos religiosos algunas congregaciones, dieron albergue á los alumnos de teología: los filósofos fuimos hospedados unos en el convento de Franciscanos, y otros en casas de particulares. Cuando hubimos dado descanso á nuestros ánimos decaídos y á nuestros cuerpos fatigados, cada cual emprendió al instante sus estudios.»

«Tenemos en determinados días nuestras academias literarias, y no hay género alguno de letras que no lo cultiven todos á porfía con una emulacion y estímulo grandísimos. Pero en este miserable estado, en que nos encontramos los desterrados, es grande la escasez de todo, y en especial de libros; aunque, para

que no nos causara daño esto, ni nos fuese obstáculo para el adelanto de nuestros estudios y de nuestra vida religiosa, Dios, que á nadie abandona, ha puesto remedio oportunamente. Pues José Pignatelli, zaragozano, y de una noble familia, tomó por su cuenta este negocio.»

«En primer lugar mandó traer de Cerdeña, isla contigua á la nuestra en el mismo mar de Génova, todo lo necesario para nuestro mantenimiento; y luégo hizo venir comprados de Italia, toda clase de libros, sin reparar en el gasto, distribuyéndolos después con gran liberalidad entre nosotros. Y para que la afición ardiente é increíble de nuestros jóvenes á las letras no decayera con el ocio, designó premios para los que tomasen parte en los certámenes literarios, y señaló el tiempo en que debían estos tener lugar. Procuró que se nombrasen para jueces que juzgaran del mérito de los poemas á Tomás Serrano¹, de Valencia, á Mateo Aimerich, de Gerona², á Blas Larraz, de Zaragoza, y á Bartolomé Pou, de las Baleares; todos ellos muy eruditos y versados en el estudio del latin y griego.»

«Á estos certámenes asisten los Padres más graves de la Provincia de Aragon y el mismo Provincial, para así promover el estudio y adelanto de las letras. El día señalado concurren una gran multitud al lugar convenido, y allí se suelen distribuir los premios designados con justicia á los alumnos, en medio de grandísimos aplausos de la concurrencia. El primer premio lo obtuvo Miguel Serra³; José Quirós⁴, el segundo; y el tercero

¹ Nació en Castalla (Valencia) en 7 de Noviembre de 1715: entró en la Compañía en el mismo día y mes de 1730, y murió en Bolonia el 1.º de Febrero de 1784.

² Fue natural de Bordils, provincia de Gerona: nació en 27 de Febrero de 1715: entró en la Compañía el 27 de Setiembre de 1748: murió en Ferrara en 1799.

³ Nació en Perales (Aragon) en 21 de Enero de 1748: entró en la Compañía el 5 de Julio de 1764: murió en Bolonia á 29 de Marzo de 1794.

⁴ Natural de Jumilla (Murcia): nació en 25 de Junio de 1745: entró en la Compañía en 18 de Noviembre de 1760: murió en Agosto de 1798 en Barcelona.

Tomás Pons¹. De este modo se aseguran los ingenios hasta en medio de la adversidad, sin que desmayen nunca por el ocio; y trabajan día y noche sin que las incomodidades de nuestro estado actual causen algun daño á nuestro método de vida. Nada más se me ocurre escribirte. Á Dios.— Ciudad de San Bonifacio, á 28 de Abril de 1768.» Hasta aquí el P. Reig.

Algunos de aquellos jóvenes, agradecidos á lo que debían al P. Pignatelli, desentendiéndose una vez del asunto sobre el cual tenían que componer, tomaron por materia de sus escritos las muchas y muy varias ocupaciones de dicho Padre, consagradas todas al bien espiritual y temporal de sus hermanos. Empezó, pues, la batería, terrible para el buen P. José: mientras duró aquella lectura, estuvo como una grana, fijos los ojos en tierra y con una como desazon, que daba lástima verle; hasta que llegaron unos exámetros latinos, en que se decía de él entre otras cosas, *Cui princeps est cura boum*, y se aludía á lo que dejo referido sobre la humildad del P. José, cuando llegó á encargarse de guiar él mismo periódicamente los bueyes á la pastura. Al oír el humilde Siervo de Dios que se le llamaba en público guardian ó pastor de cuadrúpedos, serenóse de repente, levantó la vista del suelo, y con una agradable sonrisa colmó de aplausos al autor y á sus versos.

Con estas demostraciones manifestaba la Provincia al Padre Pignatelli su aprecio y la veneracion que le profesaba: y la merecía sin duda un hombre de una caridad robusta, universal, industriosa, activísima, heroica, que se hacía todo á todos para llenarlos de todo bien. Y aun no parece tan digna de admiracion su prontitud á padecer en cosas de gran dificultad para servicio y provecho espiritual de sus hermanos: lo que tengo por más admirable y muy difícil de imitar, es aquella disposicion habitual de una alma grande á emplearse en cosas baladíes y de

¹ Fue manresano: nació en 12 de Enero de 1748: entró en la Compañía en 21 de Noviembre de 1763: murió á los 18 de Mayo de 1797 en Ferrara.

poco jugo, á tomar parte en estas, que podríamos llamar pequeñeces literarias, escribiendo, cual si fuese un simple retórico y gramático, epigramas y trozos latinos. Era la caridad la que le impelia á representar diversos personajes, tomar actitudes diferentes, ocuparse en cosas tan menudas á medida de la necesidad de su prójimo, ennobleciéndolo todo y elevándolo la pureza de su intencion y el fin sobrenatural de dar gloria á su Dios, único blanco de sus acciones.

Forzoso es reconocer y confesar que todo el bien que recibieron sus hermanos en Córcega, y todo el mal que pudiera haber agravado el terrible que padecían del destierro, y que por divina misericordia no llegó á aquejarlos, todo se debió al Padre Pignatelli. Su corazon generoso no reparó en peligros, superó dificultades de todo género, descubrió y cortó los hilos de más de una trama enemiga, y supo conciliarse la benevolencia de todos, con lo que logró no ver más oprimidos á sus hermanos.

Por último debióse á su virtud y á la fuerza de sus ejemplos aquella tranquilidad que reinó en San Bonifacio, y aquella union que ligaba recíprocamente los corazones y voluntades de todos, y los unía en un mismo modo de pensar; con lo que no solo se aliviaron en gran parte, sino que llegaron á tenerse casi por imperceptibles, los trabajos y molestias del destierro. Tal es el sentir de los testigos de vista, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, al referir la alegría y el consuelo que reinaban en aquella mansion de paz, y cómo por obra del P. Pignatelli pasaban sus días en envidiable calma en medio de mil incomodidades y privaciones.

Mientras ellos gozaban de esta quietud y reposo en la isla de Córcega, los gabinetes de Lisboa y Madrid se agitaban arbitrando medios para obtener su ideal de la completa abolicion de la Compañía. Luégo de expulsada esta de la península, se remitieron de Portugal á Madrid dos escritos, en que se proponía y motivaba la medida de la abolicion. Uno era una instruccion comunicada por Carvallo al embajador de España en Lisboa, que contenía el recurso del procurador general del reino lusitano en

punto á los males que causaba á la Iglesia y al Estado la subsistencia de la Compañía, y la urgente necesidad de aprovechar el tiempo para su total extincion, aunque para ello fuese preciso usar del remedio de la fuerza declarando la guerra al Papa, tomando por motivo la proteccion que dispensaba á los expulsos. Entre los medios que proponía Pombal uno era prohibir á los vasallos la comunicacion con la curia romana, otro la convocacion de un concilio general¹.

El segundo de los escritos mencionados era una carta que el embajador de Portugal con fecha 23 de Setiembre² escribió al marqués de Grimaldi, primer secretario de Estado. En ella recapitulaba el estado de la corte romana, que se reducía al predominio del General de la Compañía sobre el Pontífice; por lo cual importaba sacarle de la lastimosa oscuridad en que le tenía, y para ello eran insuficientes medios suaves ó débiles, segun eran la astucia y artes jesuíticas.

En Madrid desde luégo se adoptó el proyecto de la abolicion total presentado por el ministro portugués³: y de real órden se comunicaron al conde de Aranda en 18 de Octubre copias de la nota y de la carta, á fin de que sobre su contenido consultase lo que se le ofreciera y pareciera de acuerdo con el Consejo Extraordinario ó de aquellos de sus individuos que tuviese á bien elegir al intento. Evacuóse la consulta en 30 de Noviembre del mismo año de 1767, y expusieron los fiscales Campomanes y Moñino que era excusado demostrar la importancia de la union de las tres cortes (de Portugal, España y Francia) para la extincion de la Compañía, apoyando su dictámen en todas las calumnias inventadas desde la fundacion de la Compañía por todos los

¹ GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, *Dictámen*, págs. 12 y siguientes.

² En el Dictámen se lee *Diciembre*: el contexto exige *Setiembre*.

³ ¿Cómo no había de adoptarse? Ya en 1.º de Junio (1767) Choiseul, escribiendo á d' Aubeterre desde Marly, le decía: «Os digo en confianza, que tengo noticias de que el rey de España hará instancias directas al Papa para atraerle á esta total supresion, y que nuestro rey apoyará las instancias de su primo.» (CARAYON, lugar citado, pág. 409.)

enemigos que desde aquella época se habían ensañado contra ella.

De todo deducían los fiscales y el Consejo cinco causas que persuadían la importancia y necesidad de abolir perpetuamente en todo el orbe católico una congregacion de hombres, «que con el aspecto de ovejas,» dicen, «han devorado por más de dos siglos la Iglesia, y puesto en mucho riesgo los países católicos.» Estas causas eran: 1.ª la unidad de accion de la Compañía, temible á los Soberanos; 2.ª la obstinacion y pertinacia en defender sus malas doctrinas; 3.ª la incorregibilidad, probada por sus inteligencias y ocultas maquinaciones, aun después de su expulsion; 4.ª la esperanza de regreso, acreditada por sus correspondencias, tan perjudicial al espíritu público, como temible á los buenos; 5.ª la oportunidad de la reunion de tan grandes príncipes, igualmente interesados en domar (*sic*) este monstruo.

Desciende en seguida el Extraordinario al exámen de los medios prácticos de poner en ejecucion el plan, y conviniendo con los fiscales en que «no debe omitirse ninguno de cuantos conduzcan al intento, desaprueban el de la convocacion de los concilios general, nacional y provinciales:» pues bien conocían las instancias con que el episcopado católico había suplicado á Clemente XIII que contuviera con fuerte mano á los enemigos de la Compañía y de la Religion; y que por lo mismo esta medida produciría un efecto contrario.

Las que propusieron son las siguientes: 1.ª exhortar á los prelados de la Iglesia y á los varones doctos de ambos reinos (Portugal y España) á que pidan y promuevan la causa de la abolicion; 2.ª interesar á los príncipes cristianos á entrar en la liga é interponer sus oficios al mismo intento, (cual si se tratara de declarar la guerra á los moros ó á los turcos); 3.ª en vista de la mucha edad del Papa, esperar á la eleccion de nuevo Pontífice, y preparar las cosas de modo que los cardenales entraran en el conclave persuadidos de que no concurriendo de buena fe á la extincion de la Compañía, no podrá tener efecto lo que en él se ejecute; 4.ª en vez de recusar al cardenal Torrigiani, ata-